

IX.

EL LEGADO DEL MAESTRO.

A pesar del ánsia que sentia la jóven por conocer lo que el anciano D. Pablo podia decirle en aquel paquete, su corazon latia con violencia, y sentia dentro de él como un remordimiento sordo y tenaz.

Jamas habia ocultado nada á su marido. Diego, desde el dia que ella empezó á amarle, habia leído en su pensamiento como en un libro abierto, y aquel primer secreto le pesaba de una manera horrible.

Sin embargo, no podia romperlo : su maestro, su venerado maestro, le mandaba guardarlo desde la tumba, y la voz de los muertos resuena en las almas buenas de una manera demasiado solemne, para no anteponerla á todas las consideraciones de los vivos.

Julia, poseida de emocion, abrió el paquete ; á la luz de su modesta lámpara, y vestida con su sencilla bata blanca de muselina, se la hubiera podido tomar por la estatua de la melancolía.

Lo primero que salió bajo el sobre fueron dos pliegos de papel grueso y amarillo, escritos con una letra redonda y antigua y doblados en forma de carta : bajo sus do-

bleces habia alguna cosa pesada : Julia los examinó, y cayó en su falda un medallon muy sencillo de oro, que contenia dos retratos en una sola lámina.

Representaba el uno á su maestro. Julia sintió llenarse sus ojos de lágrimas al ver sus cabellos blancos y sus severos ojos negros : aquél era D. Pablo, el anciano maestro que le mostraba un interes tan paternal.

Apoyado en el hombro del pintor habia un jóven de rostro melancólico, expresivo y varonil.

Se parecian tanto los dos, como se asemeja el arbusto que brota al pié del árbol que muere, y que recibe de él, como postrer donativo, savia y verdor ; el maestro debia haber sido hermoso como aquel jóven, y aquel jóven era ya desgraciado como su padre : ambos vestian pobremente, pero en la postura arrogante de los dos se conocia que sabian llevar su miseria como un honroso blason.

Julia contempló durante largo rato las dos imágenes, y besó enternecida las manos de la del anciano.

Luégo pasó sus ojos por el manuscrito : era, en efecto, una carta, y decia así :

« Hoy, al separarme de tí, hija mia, mi corazon rebo-saba de gozo, y he querido trasladar al papel algunos consejos, único bien que tu viejo amigo puede dejarte para el porvenir.

» No los conservaré en mi poder, porque de hacerlo así te los entregaria muy pronto : me conozco, y no podria resistir al entusiasmo que tu brillante genio me inspira.

» ¡ Sí, Julia! el cielo te ha dotado de un genio sublimé ; y aunque así te lo digo hoy en este papel, no quiero que

lo sepas hasta que tu razon haya llegado á su madurez; quiero que lo ignores y que sigas trabajando bajo mi severa direccion, que tanto amor oculta para tí.

» Cuando oigo y veo á tu padre, pobre hombre, sin voluntad y sin carácter; á tu madre, déspota ruin de su familia, y dotada de una inteligencia vulgar y rastrera, me rio, ¡ pero es con el alma llena de amargura! Julia, pobre hija mia, ¡ tu cruz es de las más pesadas que Dios ha enviado á la tierra! ¡ estás condenada al tormento sin nombre de verte toda tu vida cercada de seres que no sólo valen mucho ménos que tú, sino que son incapaces de conocer lo que tú vales!

» ¡ Dios te libre del último y mayor de los martirios! ¡ Dios te preserve de unirte con los lazos sagrados del matrimonio á un hombre vulgar, débil, prosaico, que te sea inferior, en una palabra: la mujer necesita estimar á su marido, tanto por lo ménos como necesita amarle; ella debe ser la protegida, no el protector; ella debe ser la débil, y su marido, el fuerte arrimo que la sostenga!

» Dentro de seis años, si yo vivo y tu corazon está libre, como lo espero, porque no hallarás muchos afectos dignos de tí que puedan llenarle, yo te presentaré al que creo digno de ser tu compañero.

» Es mi hijo, ¡ mi único hijo! que pensionado por el Gobierno, estudia en Roma, patria de las artes; que ya te conoce y te ama, aunque tú no le has visto jamas.

» Con mi retrato va el suyo: ambos los ha hecho él para tí ántes de irse á Roma: su alma es más hermosa que su rostro; se llama Rafael: dentro de seis años le

verás, y ¡ ojalá pueda yo abrazarte, dándote el dulce nombre de hija!

» ¡ Julia, por más que la envidia te muerda, aunque todos cuantos te hablen procuren desanimarte y separar tu paso de la senda de la gloria, no consentas jamas en aumentar el número inmenso de las vulgaridades! A cada ofensa que recibas, á cada golpe que tus enemigos descarguen sobre tí, di con fe y con valor: « ¡ Me hieren! » ¡ sus golpes me responden de mi gloria! »

» La senda del saber es escabrosa, hija mia: no se alcanzan laureles sin que los ojos lloren mucho, sin que el corazon herido destile gotas de sangre! ¡ Cuánto he sufrido yo! ¡ Mi hijo lo sabe y te lo contará algun dia! Pero ¡ cuán hermoso es levantarse sobre las miserias del mundo, qué glorioso es alzar la cabeza adornada con la aureola del genio!

» ¡ Dios ha puesto en la inspirada frente del artista la corona de espinas de su Hijo, pero tambien ha puesto un destello de su luz inmortal!

» Tengo un hermano, Julia mia; un hermano, que es el encargado de poner estas líneas en tus manos dentro de cinco años: él ha seguido otro camino que yo, y le ha sido más lucrativo; pero de todo el oro que ha acumulado en esa carrera de farsa, que en vez de llamarse intriga y mentira, se llama *diplomacia*, de todas sus riquezas, jamas he querido un solo real: será una extravagancia, pero se me figura, con perdon de los diplomáticos, que todos sus sueldos son una carga estéril para las naciones, una cifra que, cuando más, representa el lujo de los gobiernos; sí, porque las grandes cuestiones

de Estado se resuelven en las Cámaras, si en ellas se sienta algún genio como Mirabeau, Meternich ó Peel; en los campos de batalla, si hay valientes como el Duque de Alba, Daoiz y Velarde, ó no se resuelven nunca, como sucedió en Italia, que no teniendo oradores ni generales, gime y gemirá eternamente en la esclavitud.

»Pero tú no puedes hoy, pobre niña mía, entender estas grandes miserias de la vida, de las que tanto me he reído yo durante mi azarosa y pobre existencia: de todo lo que te he dicho, conserva sólo esta verdad y grábala en tu corazón para que te consuele:

»No hay mayor dicha en el mundo que la de tener en el alma esa radiosa luz que se llama talento y que nos eleva sobre las miserias de la tierra.

»Si algún día ves á mi hermano, mírale como á un pobre sér descreído y vulgar: él ha seguido su religion, yo la mía: su egoísmo y su farsa le han hecho más rico que á mí el trabajo y los largos años que he consagrado al estudio, pero no le han hecho más dichoso: yo he llorado algunas veces al ver ponerse el sol entre nubes de oro y rosa, ante el descendimiento de Rubens, y al oír á una campana llamar á la oración cuando la aurora ríe en el cielo; él no ha derramado una sola lágrima á la muerte de su esposa y de tres hijos hermosos que Dios se ha llevado á una vida mejor.

»Le queda una hija: Amanda: cuando quieras pintar algún monstruo desconocido en la historia de Buffon y de todos los naturalistas, vé á verla.

»Adios, hija mía, tu viejo amigo te bendice: perdónale su severidad, porque te ama mucho: su carácter, duró

de sí, ha sido agriado por desengaños muy amargos; pero su corazón es todo tuyo.

»Si yo he muerto cuando leas ésta, te bendeciré desde mi tumba; y desde el cielo, á donde creo me llevará Dios para recompensar mis amarguras en la tierra, velaré por tu felicidad: si mi hijo no llega á ser tu esposo, como es mi más ferviente deseo, que llegue á lo ménos á ser tu hermano.

Pablo de Montalvan.»

Cuando Julia acabó de leer esta carta, la dejó caer sobre su falda y lloró.

Eran entónces las dos de la mañana: cuando la aurora envió su blanca luz á los cristales de la habitación en que se hallaba la jóven, ésta levantó la frente, que había tenido oculta entre las manos, y miró al cielo entre la nube de sus lágrimas, como si en él buscara la sombra de su viejo amigo.

Algo de grande, de solemne y de doloroso se había despertado en el alma de Julia, quien, despues de leer aquella carta paternal, se sintió por la primera vez desde su casamiento verdaderamente infeliz é inmensamente agobiada por un infortunio irremediable.

La sombra de Rafael pasó por delante de sus ojos; pero de un modo tan indeciso, que no pudo verla más que como entre las nieblas de un sueño.

Julia se levantó y se dirigió á su habitación para guardar en su secreter el legado de su maestro: al ruido que hizo al entrar, se despertó Diego, que dormía profundamente.

— ¿Qué es eso? ¿quién anda ahí? preguntó sobresaltado.

— Soy yo, respondió Julia débilmente y con voz temblorosa, porque aquellos papeles y aquellos retratos constituían el primer secreto que había guardado con su marido.

— ¡Qué! ¿estás trabajando ya? repuso Diego.

— No, respondió Julia: he pasado la noche leyendo y ahora voy á acostarme.

— ¡Vaya una manía rara! dijo Diego de mal humor.

— Cada uno es dueño de tener las suyas, observó Julia friamente, guardando la llave de su secreter.

Diego la miró asombrado: era la primera vez que aquella tímida criatura le mostraba algo de desden y de firmeza.

Pero por no molestarse en contestarla, tomó el partido de guardar silencio: era Diego uno de esos hombres que, cuando les inferen un insulto, su primer pensamiento es cotejar lo que aquel insulto les ha incomodado y lo que les podrá incomodar el castigo que puedan imponer á la persona que se lo ha inferido: egoistas que degeneran en cobardes; almas frías que llegan á ser almas bajas, y cuya tolerancia vergonzosa alienta á tantos insolentes.

En tanto que Julia se desnudaba para meterse en su lecho, su marido salió del suyo y se vistió, dirigiéndose en seguida al taller.

Bien pronto cayeron sus miradas sobre el cuadro de Julia, y su semblante movable y expresivo retrató en pocos instantes emociones muy diversas.

La alegría y el orgullo fué lo primero que se hubiera podido leer en su espaciosa frente; despues, un amargo desaliento y una tristeza profunda.

Fué á sentarse lentamente ante su caballete y dió algunas pinceladas; mas de súbito arrojó el pincel con desesperacion y exclamó sordamente:

— ¡Es inútil; no haré jamas nada bueno, nada que se asemeje á lo que ella hace!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X.

AUMENTO DE FAMILIA.

Julia se levantó aquel día á una hora muy avanzada. Se desayunó y salió al taller, dejando el hacer su tocador para la tarde.

Su marido, al oír sus pasos, volvió á coger el pincel, que habia arrojado ántes, y se puso á trabajar tarareando una arieta, como si estuviera muy tranquilo.

La jóven se sentó tambien y se puso á trabajar, esperando á que su marido la hablase; pero viendo que éste guardaba silencio, le dijo:

—Anoche tuve una visita.

—¿Sí? y ¿quién fué? preguntó Diego.

—El Conde de Montalvan.

—No le conozco.

—Ni yo: me dijo que era hermano de mi maestro.

—¿De aquel viejo loco de D. Pablo?

—Del mismo, respondió Julia secamente.

—Y..... ¿á qué vino?

—A ver si queria dar lección de pintura á una hija suya.

—¿Y qué has contestado?

—Que lo consultaria contigo.

—Mal hecho, dijo Diego.

—¿Por qué?

—Porque en eso eres dueña de obrar como mejor te acomode.

—¿Y querias que decidiese por mí sola?

—¿Por qué no?

—Pues no lo haré.

Reinó el silencio por algunos instantes: la confianza, la dulce paz del matrimonio habian desaparecido.

—¿Qué sueldo te ha ofrecido? preguntó Diego á su mujer al ver que persistia en estar callada.

—Cuatro mil francos anuales.

—No es de despreciar, y todo lo que puedo hacer es darte un consejo.

—Ya lo escucho.

—Yo, en tu lugar, aceptaria.

—Aceptaré, pues.

Julia dijo estas palabras, no ya movida, como otras veces, por el deseo de complacer á su marido, sino reflexionando qué parte de aquel sueldo podria dedicar á sus gastos de tocador, tan descuidados desde su casamiento: habia en ella tanta sinceridad, tanta nobleza, tanta rectitud, que le pareció mejor manifestar francamente su pensamiento que tenerlo oculto, y añadió, tras algunos instantes de vacilacion:

—Aceptaré, á condicion de que ese dinero sea para mí.

Diego hizo un gesto de desden. Julia observó aquel gesto, y la cólera subió á su frente en una roja nube; vió

en él un insulto, y preguntó á su marido con acento irónico y amargo :

—¿Cuándo acabas de pagar á tus acreedores?

—Te lo avisaré cuando lo haya conseguido, repuso Diego.

Julia arrojó su pincel y salió del taller : bajó á su cuarto y escribió el siguiente billete :

«Señor Conde : Acepto el cargo de dar lección de pintura á la señorita su hija, é iré á su casa desde el día y á la hora que se sirva designarme.

»Siento en el alma que un asunto urgente me prive del placer de recibir á V. esta noche, y por eso le envío mi contestación por escrito.

»Es de V. atenta S. S., Q. B. S. M.,

Julia Rivas de Blanford.»

Esta carta fué remitida al instante.

Julia volvió á encerrarse en su gabinete, y en él le entregaron esta contestación cerca de las ocho de la noche.

«Señora : Mi hija va á emprender un viaje á Suiza con una de sus amigas, que durará algunos meses : á su vuelta tendré el placer de avisar á V. para que lo antes posible venga á favorecerla con sus distinguidas lecciones.

El Conde de Montalvan.»

Julia dió este billete á su marido, que lo leyó y se encogió de hombros, si bien diciendo en su interior :

—¡A qué habrá venido la gracia de hacerme concebir esperanzas que no han de realizarse!

La vida volvió á ser uniforme y triste, como lo había sido antes. Julia acabó un nuevo cuadro, que le pagaron muy bien, y el dinero desapareció entre las manos de Diego.

Así pasaron dos meses. Natalia escribía á su hermano. Julia no preguntaba jamás si escribía.

Una tarde la joven artista se hallaba en su cuarto, cuando la avisaron que estaba en la sala Natalia con otra señora y una niña.

Julia palideció : su corazón, si bien triste, había estado aliviado de un gran peso en tanto que duró la ausencia de Natalia, y ahora volvía á oprimirse, sin que le fuera posible darse cuenta de la causa : procuró serenarse y entró en su salita de recibir.

Vió, en efecto, en ella á Natalia, que tenía asida de la mano á una muchacha de trece años, alta y desgarbada : en un sillón se recostaba otra joven gruesa y fresca, de ménos estatura que Natalia y de fisonomía agradable. Diego se hallaba con ellas : al ver entrar á su esposa se levantó y dijo :

—Julia, mi madre ha muerto, y mis hermanas vienen á encontrar un asilo á nuestro lado : ésta es Adelina, la menor, á quien tú no conocías.

Julia nada dijo : adivinaba en las dos jóvenes dos enemigos de la escasa parte de dicha que le había tocado en la tierra. Diego prosiguió :

—La señora de Merry, amiga de Natalia, se ha tomado la molestia de acompañarlas, y permanecerá aquí hasta mañana, que se vuelve á Madrid.

Julia se inclinó, y á pesar de la mala disposición de su

ánimo, halló palabras para hacer á la amiga de Natalia un cumplido sencillo y afectuoso, al que ésta correspondió cordialmente.

—Querida Lucila, dijo aquélla, ¿ves como yo no te habia engañado? Julia no es bonita como tú la suponías.

—¿Esta señora ha tenido la bondad de suponerme bonita? preguntó la artista.

—La habia supuesto á V. lo que es, respondió graciosamente Lucila; una de las jóvenes más simpáticas, más distinguidas y más encantadoras que pudieran hallarse en el mundo.

—Y eso sólo por haber visto en casa un cuadro que compró mamá, añadió Adelina.

—¿Un cuadro? preguntó asombrada Julia.

—Sí, un cuadro pintado por tí, respondió Natalia.

—¿Y cómo lo compró tu mamá?

—Porque le vendian tus padres. Mamá lo supo y dijo: «Voy á comprarle por ser obra de la esposa de tu hermano, á la que amo sin conocerla.»

Una lágrima asomó á los ojos azules de Julia: ¡su madre habia vendido su cuadro, y la madre de Natalia lo habia comprado! Sintió un movimiento de afecto hácia la pobre anciana, á quien no habia conocido, y abrazó á Adelina, ofreciendo á la difunta que la amara y la protegera siempre.

Lucila comprendió al instante lo que pasaba en el alma de la jóven, y la miró con afecto y compasion.

—Señora, le dijo, yo quisiera dar á V. el dulce título de amiga, y que este título no fuese una palabra vana:

anhelo su afecto y desearia vivir cerca de V. para admirar su talento y las bellas obras que produce.

—Hermana, dijo Adelina alentada con el abrazo que Julia le habia dado, ¿nos enseñarás tus cuadros?

—Sí, respondió Julia sonriendo.

—¡Deben ser muy hermosos! Cuando mamá colgó en la sala el que compró pintado por tí, todos los huéspedes que teniamos en casa, y todas las gentes que venian á verlos á ellos y á nosotras, se quedaban admirados delante de él y decian: «¡Qué cosa tan magnífica, tan acabada y tan hermosa!»

—¿De véras? preguntó Julia con las mejillas encarnadas y los ojos animados por la alegría.

—Sí, de véras; y una vez que mamá necesitaba dinero, le dijo mi papá: «¿Por qué no vendes ese cuadro?—Es verdad, respondió ella, no me habia ocurrido esa idea: ¡búscame un comprador!»

—¿Y le halló?

—¿Que si halló? ¡más de una docena! Pero cuando llegó la hora de darlo por no sé cuánto dinero, y vinieron á buscarle, yo me eché á llorar y dije: «¡No, no, no quiero que se lo lleven!» Entónces mamá dijo que no queria venderlo por ningun dinero.

—¿Y quién se ha quedado ahora con el cuadro?

—¡Toma, yo! respondió Adelina; lo traigo conmigo y lo pondremos en mi cuarto, ¿no es verdad?

—Sí por cierto.

—Uno de Diego me dejó allí: decian todos que era tan malo, que no quise traerlo.

Adelina pronunció estas palabras aturrida y irres-

flexivamente. Julia, enojada contra aquella muchacha habladora é imprudente, y compadecida de su marido, fijó en él una mirada temerosa y llena de cariño; pero Diego huyó aquella mirada con desden y amargura.

—¿Qué pasaba en aquella alma débil, que no estaba sostenida por la abnegacion ni por la grandeza de un ánimo sereno y varonil?

¿Cualquiera que hubiera podido verlo se hubiera asustado! La envidia, la negra envidia habia ya deslizado su veneno en aquel corazon, poco ántes tan lleno de amor para Julia.

El porvenir de Diego era su arte: dotado de un excesivo amor propio, habia llegado á persuadirse de la soberanía de su talento, que en efecto existia y era bastante sobresaliente; pero aquel talento, por grande que fuese, quedaba oscurecido, desaparecia y se eclipsaba, por decirlo así, ante el radioso genio de Julia.

Siempre he creido que el genio y el talento eran dos cosas muy distintas entre sí.

El primero, sólo Dios lo da; es un destello de la Divinidad, que coloca en el alma de algunos de sus elegidos. El segundo se adquiere con el estudio y la perseverancia, y se aumenta por los mismos medios, cuando se ha nacido con él.

Por eso vemos en el mundo tantas personas dotadas de un talento regular y aún sobresaliente; pero vemos muy pocos genios.

Vemos muchos medianos poetas, que nos entretienen; pero oímos muy pocos versos que nos arrebatan y con-

muevan hasta sentir palpitar nuestro corazon de entusiasmo y sentir nuestros ojos llenos de lágrimas.

Esta diferencia existia entre aquellos jóvenes esposos: ¡felices ellos, si Dios hubiera dotado á Julia sólo de talento y hubiera concedido á Diego esa luz inmortal que se llama genio, y que esparce sus rayos sobre la tumba del que la poseyó!

Pero ella era la que sobresalía de los dos, y por lo mismo, la víctima infeliz destinada á un perpétuo sacrificio.

Ella fué la que rogó á Lucila Merry, la amiga de Natalia, que se retirase á descansar, para deshacer la triste inercia que se habia apoderado de todos los ánimos, despues de las imprudentes palabras de Adelina, que con tanta crueldad habian lastimado el orgullo de su hermano.

La pobre Julia necesitaba quien la sostuviese y la consolase sin cesar en el aislamiento moral que cada dia la rodeaba más, y sin embargo, era ella la que tenía que hacer continuamente esfuerzos supremos para sostener á los otros.

Era una débil caña, azotada por el viento, que tenía que erguirse á cada paso para sostener al roble enfermo que se levantaba á su espalda y que á cada instante amenazaba venir al suelo.

Algo de lo que pasaba allí comprendió Lucila, que estaba dotada de no poca perspicacia; porque al levantarse para irse á recoger, dijo que al dia siguiente saldria temprano con Natalia para evacuar algunos asuntos, y que por la noche emprenderia su viaje de vuelta á Madrid.

Julia la acompañó hasta el aposento que se le habia designado, y se despidió afectuosamente de ella.

Adelina halló asilo en el cuarto de su hermana.

Julia y su esposo se retiraron á su habitacion. Allí la jóven se acercó á su marido para abrazarle, como si hubiera deseado consolarle de su pasada humillacion.

—¡Déjame! le dijo Diego rechazándola: hoy no me siento bueno y deseo dormir.

Acostóse, dicho esto; pero Julia, que no durmió, le oyó suspirar en su lecho con hondo y reprimido dolor.

LIBRO SEGUNDO.

I.

LA DISCÍPULA.

En una de las frias mañanas de Noviembre de 1875 atravesaba una jóven con rápido paso la calle de San Honorato.

Eran las diez, y el cielo, plomizo, estaba preñado de nieve; soplabá un viento helado, y sólo se veían por las aceras las gentes que iban á sus negocios, cruzándose en ellas con apresuramiento.

Los hombres iban abrigados con gruesos gabanes ó sobretodos, cuyos cuellos subían hasta sus orejas: las mujeres envueltas en sus chales de abrigo ó en sus capas, y llevando caidos delante del rostro los velos de sus sombreros.

Sin embargo, ellos y ellas dejaban paso á la jóven de que ántes he hablado, y que marchaba tan rápidamente como se lo permitía la gran afluencia de personas que, á pesar de lo crudo del dia, llenaba aquellas populosas calles.

Razon habia para ello; era la aparicion de una dolo-